

✠ GERHARD L. MÜLLER
Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe

DEL ATEÍSMO MODERNO AL DIOS CRISTIANO

Decía, entre otros, Johann Wolfgang von Goethe «La vida es demasiado corta para beber vino malo». En este pintoresco proverbio se reflejan las visiones multicolores del mundo de tipo epicúreo que caracterizan a las élites posmodernas. A la infantil terquedad de este nihilismo, quisiera oponer el optimismo de la visión cristiana del mundo y del hombre. Ese optimismo que San Pablo expresa con entusiasmo en su Carta a los Romanos: «con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad» (12,12-13). Es un hecho que la vida en la tierra es corta, y a medida que pasa el tiempo, el hombre percibe más la *brevitas vitae* como un desafío existencial.

Pero este es precisamente el punto: bien vale la pena el beneficio del tiempo como un recurso para despertarse del sueño de la ideología de la autorrealización, de la visión del hombre que se apoya en sí mismo. «La vida es demasiado corta para desperdiciarla con una mala filosofía». Para decirlo con palabras de la *Gaudium et Spes*, «ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el

hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (GS, 10).

El ateísmo es la afirmación de que Dios no existe. Esto de nuevo no tienen nada. Ya el Salmo davídico (14,1), hace unos 3000 años se refiere al tema —«Dice el necio en su corazón; no hay Dios». La estadísticas más recientes demuestran un aumento vertiginoso «convertidos» al ateísmo: más del 10% de la población mundial se declara atea. ¿Por qué más y más personas se vuelve ateas? ¿Es el ateísmo realmente la postura lógica que claman los ateístas ser? ¿Por qué será que libros del tipo *El gen egoísta y el espejismo de Dios* de Richard Dawkins o *Dios no es bueno* de Christopher Hitchens, figuran en las listas de libros más vendidos?

Benedicto XVI en sus carta al ateo Piergiorgio Odifreddi ha afirmado que Richard Dawkins propone una forma de «ciencia ficción». Michael Blumer, el famoso biólogo evolutivo y teólogo ha confirmado que «en sus afirmaciones, Benedicto XVI, tiene toda la razón».

Richard Dawkins en sus obras habla del concepto de «mimética». Así como los genes se difunden la información biológica por procreación, así los «memis» difunden la información cultural por imitación. Las ideas y las opiniones pasarían de cabeza a cabeza como «memis» invisibles. Dawkins ha aplicado esta teoría como crítica a la religión: para él las creencias religiosas serían como un «virus» que ataca al hombre enfermo.

Blume afirma que, no obstante tantos tentativos, los «memis» no han sido definidos y no ha aparecido ningún estudio empíricamente sostenible. En el 2010 todos los «miméticos» ha abandonado esta teoría. Sólo Richard Dawkins no se ha pronunciado acerca del fracaso científico de esta propuesta (KATH.NET, *Religionswissenschaftler bestätigt Benedikt-Urteil über Dawkins*, 30 September 2013).

Tal vez porque el ateísmo moderno pretende justificar, en forma aparentemente científica, el proceso de la descristianización de la civilización Europea y Norteamericana, que comenzó en el siglo XVII, y promueve un estilo de vida hedonista marcado por el lucro y el beneficio.

El llamado «neo-ateísmo» no ofrece, de hecho, ningún tipo de nuevas fundaciones, que no se puedan encontrar claramente formuladas en David Hume y en todos los que han pertenecido y pertenecen a la categoría de los empiristas y materialistas. La novedad está en que se hace un esfuerzo, en el horizonte de la teoría evolucionista y neurofisiológica, por ampliar el enfoque típico de las ciencias naturales, de modo que la

astrofísica, la biología y la investigación sobre el cerebro, conducen a una visión científica del mundo, supuestamente objetiva, que no le da espacio al hombre como persona, como sujeto responsable de sus actos, y a su relación personal con Dios. Esta visión del mundo pseudo-científica promocionada por el neo-atéismo, hoy en día se exalta como un programa de opinión que hay que imponer a toda la humanidad, por lo que si alguien cree en la existencia de un Dios personal, a este no se le debe conceder el derecho a la existencia ni mental (por haber contraído el «virus divino», por lo que hay que ponerlo en cuarentena), ni física (por lo que hay que considerarlo como un parásito).

Si miramos al ateísmo político sembrado por el nacionalsocialismo en Alemania o por el programa estalinista de la extinción de la Iglesia realizado en la Unión Soviética, es aún más evidente el carácter intolerante e inhumano del neo-atéismo. Es claro que el llamado ateísmo científico tiende siempre a imponerse como visión global del mundo y por lo tanto como programa político totalitario e inhumano.

Al inicio de la era moderna asistimos a la oposición entre empirismo y racionalismo, y con eso al intento de resolver el dualismo en favor de una de las dos vías de acceso a la realidad. ¿Puede el pensamiento apropiarse del mundo material? O a la inversa ¿no es la razón más que una función del proceso evolutivo? El hombre, como sujeto pensante, ¿es sólo parte de un momento de la diferenciación de la materia, sujeto a la ley de la selección natural como un producto, carente de sustancia, de una totalidad integral que comprende todo?

Robert Spaemann ha resumido bien el concepto de *modernidad* en sus repercusiones negativas sobre el hombre como persona, como un ser con capacidades morales e intelectuales propias: «La visión científica del mundo abstraer al *yo* y al *tú*, a la corta vida del individuo, su complejidad y significado, el ser la representación única de lo incondicionado, en beneficio de un desarrollo colectivo, que es en sí mismo verdadero portador de significado» (*Gesammelte Reden und Aufsätze* I, 14). Este enfoque tiene sus raíces en el empirismo de David Hume, según el cual «nunca vamos más allá de nosotros mismos» (cf. *Gesammelte Reden und Aufsätze* II, 9), lo cual es una visión estrecha que no toma en cuenta la capacidad evidente del intelecto de ir más allá de lo inmediato.

En cuanto a la condición subyacente del hombre como ser esencial dotado de tendencia al conocimiento de la verdad y del bien, y por lo tanto, a la realización de su propia persona que existe en una naturaleza

corporal-espiritual, los descubrimientos de la reciente investigación de tipo evolucionista y de la neurobiología, se ocupan poco, limitándose a considerar las condiciones materiales de la razón y de los actos de la voluntad del hombre, cuya interpretación pseudo-científica se sobrepone a una Filosofía basada en el materialismo monista. El verdadero proyecto de la modernidad, con su innegable valor humanizador, logra su objetivo sólo si la diastasa entre el empirismo y sus derivados, el materialismo, el positivismo y el racionalismo, que tiene la tendencia a convertirse en monismo de tipo idealista, será superada.

El hombre no puede definirse completamente como un mero objeto de las investigaciones que él mismo lleva a cabo sobre la naturaleza, la historia, la cultura y la moral, pues será siempre aquel en cuya mente se entiende a sí mismo. El hombre, como ser colocado en la naturaleza material y en el tiempo, no puede renunciar a la mediación sensible con su contexto material y sociológico, que sostiene las condiciones materiales de su existencia.

Para garantizar que el proyecto de la libertad del individuo ante la colectividad, de la consciencia personal ante la ley puramente positiva, de la dignidad inalienable de todo ser humano ante la instrumentalización de los intereses de grupo (clase, pueblo, capital, etc.), es indispensable una *metafísica de la realidad* y una *antropología de la trascendencia* del hombre que lo relacione con la fuente de la creación. Una metafísica del ser y del conocimiento de Dios, en el sentido de la teología filosófica, no sólo es de interés histórico, sino también es condición para que el proyecto de la modernidad no naufrague en la dialéctica del iluminismo. Por esta razón, en nuestros días, así como en los inicios del cristianismo, más importante que el diálogo con las religiones, es el diálogo con la razón humana como tal, con el fin de recuperar el acceso completo a la realidad dad, lo que abre las puertas a la elaboración de una teología natural.

No debemos volver a una forma pasada de metafísica para demostrar la racionalidad este enfoque y de los contenidos de la Revelación sobrenatural de Dios en Jesucristo, ante la visión del mundo derivada de las ciencias naturales y la reflexión filosófica surgida en la modernidad. Se parte de la experiencia del mundo real con el fin de lograr una auto-comprensión refleja —aquello que ello que el ser «espíritu» le da la posibilidad al hombre de hacer— y el conocimiento de Dios, no como en sí mismo, sino en cuanto el mundo se relaciona con Él, como origen

y fin de todo el ser finito, incluso el hombre. El hombre se reconoce a sí mismo como persona únicamente a la luz de esta orientación trascendente. Sólo en Dios encuentra la paz en la búsqueda de la verdad y en su tendencia al bien.

El discurso sobre Dios, no puede, por lo tanto, comenzar de su ser-en-sí, como si lo pudiéramos abstraer del mundo existente. La razón finita y creatural comienza siempre de la experiencia del mundo que ya existe. «Dios» está aquí para significar el punto de proveniencia del ser y del espíritu, sin que sea una especie de objeto mundano que es solo conocido como complemento. El hombre en principio si está constitutivamente determinado, como espíritu, por la referencia a Dios, para él inevitable y de lo que no puede disponer. El hombre debe tomar conciencia *a posteriori* de este momento apriorístico y trascendente de su propia realización. Dios no se convierte en un objetivo categorial: aparece sólo como el horizonte incircunscrible hacia el que nos movemos y de donde sabemos que derivamos en sentido absoluto. El espíritu se trasciende intencionalmente sólo en dirección del infinito y se reconoce constituido es su intencionalidad del absoluto extra mundano de Dios. Esto se entiende, en última instancia, sólo a través de la *realidad* del Dios trascendente.

En palabras de San Juan de la Cruz:

«Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura». (*Cántico Espiritual*, 21-25)

Concebimos el concepto de «Dios» como la condición real de nuestro ser espíritu en el mundo y por lo tanto también de nuestra condición de la realidad finita. Mientras que Dios es su propia esencia a través de la posesión absoluta del ser, el mundo es realidad mediante la recepción del ser bajo forma de participación en ser que lo hace finito. El mundo participa en el ser de Dios, porque existir por voluntad de Dios, precisamente de forma finita, mientras que Dios existe por sí mismo, en sí mismo, en virtud de sí mismo y por su propia realidad (cf. *Ef* 4,6) . Él es *ipsum esse per se subsistens* (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, Ia, qu. 44, ar. 1). La naturaleza espiritual del hombre es el principio que

hace finito y concreto el modo de su participación en el ser espiritual de Dios. Y mientras Dios, como espíritu, está confiado directamente a sí mismo y puede disponer de sí mismo, de su ser espiritual, forma parte constitutiva de la referencia al origen del ser en general. Esta relación con Dios constituye —incluso donde no llega a ser temática— la existencia-en-sí, el presupuesto y la condición de lo que llamamos ser personal.

La acción creadora de Dios es la perenne inserción del mundo en Dios y su realización a través de Dios. Por eso no existe ninguna contradicción entre la afirmación de la creación a través del *logos* y el sostén que el *logos* creador da a todas las cosas en el proceso evolutivo. En el hombre, la historia natural del ser, penetra en la historia del espíritu y el hombre se concibe, por tanto, como recepción espiritual perfecta del ser real por parte de su esencia, en la que existe como persona, es decir, como ser-en-sí-mismo. La trascendencia de la persona creada en dirección de la participación de la realidad espiritual de Dios se hace posible porque la creación es, implícitamente, auto-manifestación del ser y de la bondad de Dios. La creación del ser y del espíritu finito indica la apertura a un horizonte ilimitado para una explícita manifestación de Dios en su PALABRA. En otras palabras, el Creador del mundo, de la naturaleza y del hombre va al encuentro del hombre en forma personal como cumplimiento de la auto-trascendencia que determina al espíritu creado, atraído por el Espíritu increado.

El acto único, atemporal e indivisible de la creación coincide, fuera de las cosas creadas, con la actualidad de Dios. En la medida en que la actualidad infinita del ser se realiza en forma finita en las cosas creadas, estas no forman parte adecuadamente de la auto-iluminación divina; pero en la medida en la que participan en el ser de Dios, son medios creaturales por los cuales llegamos a conocer y amar a Dios. El conocimiento y el amor de Dios se manifiestan más profundamente en la participación creatural en el auto-conocimiento de Dios. Por eso, la realización creatural de un espíritu creado es un *evento* en el cual Dios mismo se da a conocer y amar. Así leemos en *Romanos* 1,19-20: «pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables». Y en *Hechos* 17:26b-28a: «Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde

habían de habitar; con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos».

Concretamente, el hombre no existe en una efectividad abstracta de la existencia, sino desde siempre en la realización de su existencia, como un movimiento dinámico que tiende a completarse en el otro. Pero si separamos abstractamente la simple constitución (*perfectio formae*) de su realización (*operatio in perfectionem finis*), se llama naturaleza; en cuanto esta naturaleza se caracteriza, con su relajación, como movimiento hacia la presencia de Dios y hacia el cumplimiento de la obra de Dios, hablamos de *gracia*. El hombre, si en su realización como libertad y espíritu, se aleja de Dios, pierde la gracia y cae en la culpa (*defectus gratiae*). Ante el pecado y en la situación de la pérdida de Dios por parte del hombre, la presencia salvífica permanente de Dios asume el carácter de *redención*. La realización creadora de Dios, por la cual la criatura existe, se revela como perdón y reconciliación. El pecador encuentra a su Creador en su Redentor. La presencia originaria por gracia de Dios en la creación —en su realización y en medio de las realidades creaturales— se hace de nuevo accesible bajo la forma de *gracia de Jesucristo*. En el Verbo eterno encarnado de Dios y en el Espíritu Santo de Dios infundido en los corazones, los justificados participan en la auto-revelación del Dios Uno y Trino que se hacen realidad en el mundo en la historia de la salvación. La actividad creadora de Dios en la palabra, que viene a nosotros en forma de redención, asume directamente una realidad creatural en Jesús. En Jesús el pecador encuentra un medio creatural hecho totalmente por Dios, un medio que lo pone en contacto directamente con el Creador cual Dios Redentor. Así Jesús es el cumplimiento, la redención y el fundamento que recrea la naturaleza espiritual y su auto-trascendencia mediada creaturalmente hacia la cercanía inmediata de Dios.

La trascendencia y la inmanencia de Dios están en relación inversamente proporcional. Sólo por que Dios es absolutamente trascendente al mundo, puede ser inmanente en el mundo de manera insuperable. La conservación del mundo (*creatio continua*), no se debe concebirse como una serie de actos creativos individuales, sino que consiste en la presencia atemporal e indivisible de la realización creadora dentro de la existencia y el movimiento del mundo. Dios es la *causa prima*, que no anula las *causae secundae* creaturales (forma, materia, causalidad, finalidad), sino que hace capaces de operar autónomamente como sólo Él es

capaz de hacer. La «intervención» de Dios en el mundo puede significar nunca una suspensión de la causalidad creatural. Dios puede hacer, sin embargo, que la causalidad creatural sea la causa instrumental de su específica voluntad salvífica para con el hombre, el cual posee la libertad como forma concreta de su existencia. El hombre no tiene, sino más bien es espíritu y libertad, aunque sólo en una forma finita.

Dado que el Dios trascendente mueve todas las cosas, precisamente de acuerdo a la naturaleza creada de todo ser finito, mueve también al hombre de acuerdo a su naturaleza espiritual libre. La predestinación no elimina la libertad, sino que permite hacer que la voluntad salvífica universal, por su aceptación en la fe, sea el principio del auto-movimiento del espíritu hacia el fin prometido.

La relación entre la producción absoluta del hombre y de su libertad operada por Dios y la auto-movimiento espiritual del hombre, que constituye su libertad, podría ser expresada en estos términos: Dios no ejercita ninguna influencia *físicamente medible* sobre la libertad creada, va a su encuentro más bien como *motivo (movens)* de su acción. Cuando Dios viene a mí libremente en la palabra divina que lo manifiesta, se actualiza siempre como cumplimiento de mi libertad: Dios y su libertad permiten al movimiento dinámico de la libertad de las criaturas realizarse plenamente más allá de sus límites creaturales. El hombre, de quien Dios se ha convertido en el *motivo* de su acción y de su auto-proyecto en el mundo, sabe que es —para decirlo en términos bíblicos— una especie de arcilla en las manos del Creador que lo plasma. Como resultado, dice y confiesa que Dios obra en él el querer y el operar (cf. *Fil 2,13*). Al mismo tiempo, sin embargo, no se ve desautorizado, privado de su libertad y personalidad. Por el contrario, se experimenta como capacitado para llevar a cabo su propia libertad. Mientras lo hace, sabe que sólo gracias a la auto-donación de Dios, como cumplimiento de su libertad, está capacitado para actuar en orden a su propia finalidad. La realización se mueve hacia su fin sólo por la presencia directa de la finalidad: la libertad está habilitada por la gracia para recibir, auto-realizándose, su aceptación por parte de Dios. En la gracia, Dios se revela como la fuente eterna de la libertad creada y su horizonte eterno bajo la forma de amor. La forma de la libertad humana, entonces, no se realiza en oposición a Dios, como lo ve el ateísmo, sino sólo sobre la base de la libertad espiritual perfecta de Dios. Si Dios es exaltado, el hombre es exaltado en consecuencia. La

salvación del hombre sólo puede venir de Dios que libremente ofrece su gracia a los hombres.

Por lo tanto, Pablo escribe: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos» (*Ef* 2,8-10).

En esta sentido, el Concilio Vaticano II enseña: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos (cf. *2 Co* 5,15), da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse (cf. *Hch* 4,12). Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro» (*Gaudium et Spes*, 10). Los que niegan el carácter metafísico de la teología natural y por lo tanto la posibilidad de que el conocimiento de Dios a través de la Revelación, a menudo tienden a caer en diferentes formas de pesimismo de tipo cínico o nihilista. La visión de la Iglesia, sin embargo, se nutre de la plenitud que, por gracia de Jesucristo, hemos recibido (cf. *Jn* 1,16). En este sentido, la Iglesia es el verdadero promotor de la «modernidad», donde la esperanza se hace posible para todos en la apertura a Dios, futuro del hombre. Cristo es «la vida verdadera» (*Jn* 15,1) que ofrece el «vino bueno» (*Jn* 2,10), necesario para la vida sin fin.